

“Hemos tendido a generar disciplinas fronterizadas”

Entrevista a Mónica Lacarrieu, antropóloga del Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

En Buenos Aires conversamos con la profesora Lacarrieu sobre el desarrollo y posibilidades de la antropología urbana en Argentina, desde los de los problemas de la relocalización a los conflictos y tensiones en torno a la apropiación del espacio urbano como escenario para la visibilización y circulación de las identidades culturales. “...hablar de *imaginarios urbanos* estaría presuponiendo que habría *imaginarios rurales*, tanto como *imaginarios indígenas*... esta forma de analizar lo urbano no encuentra sentido en un mundo como el actual, en que las personas se mueven constantemente dejando en cada lugar sus huellas, entremezclándose con otras culturas y dando lugar a mezclas que van constituyendo muchas formas de ser urbano o de apropiarse, disputar, circular por los circuitos de lo urbano.”

Entrevista: Loreto Lopez / Diciembre 2006

Desarrollo subdisciplinar en Argentina

Cultura Urbana: ¿Cuáles fueron los inicios de la antropología urbana en Argentina?

Mónica Lacarrieu: Habría que mencionar dos etapas. Una primera etapa que tiene que ver con los 70's, donde por razones obviamente políticas e históricas vinculada a lo estaba sucediendo en el país, es decir el regreso del peronismo, con una militancia muy fuerte de la juventud y una fuerte tendencia hacia lo popular, muchos antropólogos se dedicaron a trabajar en y con las *villas de emergencia* y la cuestión de

los villeros, pero más en una visión, que no podríamos decir de asistencialismo, pero sí como de trabajo social hacia los villeros, antes que desde una reflexión antropológica urbana. Recién se podría decir que, cuando vuelve la democracia en el año 84, ahí recomienza el interés por la antropología social especializada, y originariamente en ese año la antropología urbana es el área disciplinar que resurge con mayor masividad, con más cantidad de profesionales, de investigadores, de temas, etc. Se arma un programa de antropología urbana que en ese momento tenía varios proyectos dirigidos por Carlos Herrán y Esther Hermite, que era una antropóloga que había realizado su doctorado en Chicago y había regresado en la época de la dictadura pero que no había podido entrar a la Universidad de Buenos Aires (UBA). Ella fue quien, junto con Carlos Herrán, conformaron un grupo que comenzó a trabajar en FLACSO entre los años 1982 y 1983 con temáticas vinculadas a las villas de emergencia, pero como estaban en FLACSO obviamente era como un espacio secundario en relación a la UBA. Entonces recién en el 84 este grupo vuelve a la UBA, se instala en el Instituto de Ciencias Antropológicas y conforma un programa de antropología urbana, donde muchos de nosotros, incluso yo, empezamos con becas de la UBA o del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET), con diversos temas y problemas de investigación, centralmente localizados en las villas de emergencias. Particularmente, algunos fuimos indagando en otras posibilidades, en relación a otras unidades de estudio y análisis, pero el centro parecía estar puesto en los *pobres urbanos* y en la cuestión de cómo hacían para sobrevivir, para reproducirse en la ciudad. Se partía de la base de que había estrategias comunes a esos pobres urbanos, fueran villeros, gente residentes de conventillos, de monoblocks, o de casas tomadas.

Hay que tener en cuenta que por esas cosas de la vida la dictadura dejó que la antropología social se desarrollara en la Universidad Nacional de Misiones con la carrera de antropología social que se organizó en ese período, con profesores que habían sido expulsados de la UBA, entre

ellos Carlos Herrán (autoexiliado en Posadas), que empezó a trabajar allí con Leopoldo Bartolomé en el tema de los *relocalizados*, en relación a la gran obra de Yaciretá. Entonces de alguna manera cuando Carlos Herrán vuelve a Buenos Aires trae consigo ese material teórico, esos trabajos que ya se habían hecho en Posadas, y buena parte de los primeros años casi todos los trabajos que se hacían en la ciudad venían influenciados por esa teoría de que la relocalización urbana iba a provocar un stress que ellos llamaban *multidimensional*, el impacto de la relocalización urbana era central para entender qué pasaba con estos pobres urbanos. Pero esto también tenía que ver con que algunas de estas villas de emergencia de Buenos Aires en ese momento eran objeto de políticas públicas urbanas donde se planteaba relocalizarlos para trasladarlos a viviendas nuevas. Entonces como que esa teoría iba a la mano, no era lo mismo obviamente, pero parecía que podía sintonizar.

C-U: ¿Podrías detallar un poco de qué se trataba ese programa de relocalización?

M.L.: Se había producido un libro muy chiquito compilado por Leopoldo Bartolomé (*Relocalizados: Antropología Social de las Poblaciones Desplazadas*, 1985) donde en casi todos los trabajos se planteaba que el impacto de la relocalización, especialmente en grandes obras, producía un stress multidimensional en los sujetos, en sus grupos familiares y sociales, que llevaba a un aspecto negativo de la relocalización. Este era centralmente el eje que atravesaba estos trabajos. Lo que pasa es que de la gran obra de Yaciretá a la villa de emergencia había un traspaso un poco abrupto y diría casi forzado, porque por ejemplo el grupo central que organiza el programa de antropología urbana de Esther Hermite y Carlos Herrán, y graduados que estaban alrededor de ellos, comienzan a trabajar con la villa La Cava, en San Isidro, en la zona norte del conurbano bonaerense. Y esa villa tenía un plan urbano por parte del municipio donde se planteaba que se los iba a localizar en casas o en viviendas populares dentro de la zona pero no en la misma villa. O sea, durante toda la etapa de

Alfonsín, con la vuelta de la democracia, en varios casos de villas en la ciudad y el área metropolitana se planteó la posibilidad de realojarlos en el mismo lugar -no hay que olvidar que el contexto de la dictadura había sido de erradicación de villas de emergencia, o sea de expulsarlos de la ciudad-, entonces de algún modo la reivindicación de la política gubernamental en ese momento era “si estamos en la democracia tienen que volver los pobres y los que están hay que dejarlos, hay que radicarlos”. Pero radicarlos con esta característica de realojamiento en otro lado siempre dentro de la zona donde estaba la villa pero con mejores viviendas, etc. Entonces de algún modo se trasladó y se forzó una teoría que se había desarrollado para una gran obra, para estas villas de emergencia.

C-U: ¿Pero esa gran obra se trataba de zonas urbanas?

M.L.: La obra de Yaciretá se llevó a cabo en el interior del país, involucrando a varios países –entre ellos Brasil y Paraguay-, afectaba particularmente a poblaciones de poblados o ciudades pequeñas e intermedias, mientras que las villas de emergencia que comenzaron a ser parte de los estudios antropológicos en Buenos Aires, eran asentamientos populares con cierta historia dentro de la ciudad –aunque también con la democracia se organizaron nuevas tomas de tierras-, pero en las cuales el realojamiento y la radicación aparecía asociado a la necesidad de cubrir el derecho a la vivienda que como reflejo de una gran obra como Yaciretá.

Así, el Programa de Antropología Urbana empezó en Buenos Aires con un gran proyecto que se desarrollaba en la villa La Cava y luego había proyectos más pequeños, como el mío que era sobre conventillos en el barrio de La Boca en Capital, había otro caso que trabajaba monoblocks en la ciudad capital, pero fundamentalmente villas de emergencia, aunque no todos focalizaban estrictamente en la vivienda, por ejemplo algunos se dedicaban más a la política social dentro de las villas, otros más a la educación, pero todos dentro de ese gran proyecto.

Esos años, por otro lado, fueron muy marcados, y esto hay que reconocerlo, por Gérard Althabe quien venía de la Escuela de Altos Estudios Sociales de París, quien trabajaba con Marc Augé, y que venía mucho a Buenos Aires pues estaba trabajando en ese momento con un proyecto de investigación local. Y Gérard muy gentilmente leía nuestros trabajos, los comentaba, etc.

En mi memoria quedan recuerdos singulares de la relación establecida con Gérard, que han marcado mi camino por la antropología urbana, entre los cuales mis conversaciones con colegas como Claudia Girola – quien con posterioridad partió a París para ser dirigida por el mismo Althabe- forman parte de esos momentos. Por ese entonces, nos preguntábamos qué hacer con la tensión que se producía entre una bibliografía poco ajustable a lo que observábamos en la “realidad” social y la riqueza del material que emergía de nuestros trabajos de campo. Y fue Gérard quien nos ayudó a repensar y a reflexionar sobre nuestra mirada cuando casi sorprendido por nuestros informes, trabajos o exposiciones un buen día nos inquirió con la siguiente frase: “*Y el trabajo de campo donde está?...*” a lo que siguió “*queda claro que han leído, que han elaborado ampliamente una bibliografía...pero me pregunto: y el campo? ¿qué tienen para decirme de la gente con la que trabajan y de la etnografía que están desarrollando?*”. Sus preguntas me inquietaron hasta el punto de dar vuelcos trascendentes en mi investigación, dejando que los saberes y las prácticas de los actores sociales se iluminaran, discutiendo incluso la propia bibliografía

Tal vez estas apreciaciones sobre los dichos de Althabe se entiendan en una revisión de lo que había sido la antropología en la UBA durante la dictadura militar. Es decir, el hecho de que la antropología durante los años de la dictadura había quedado en manos de los antropólogos de derecha quienes trabajaban desde la hermenéutica y fenomenología, dando clases en la universidad con el foco puesto en el folklore, en los indígenas y su descripción etnológica,,

C-U: ... como reservorio de la cultura...

ML: ...exactamente. Entonces de algún modo cuando regresa la democracia, además de llegar a la ciudad como objeto de estudio necesario, también hay una necesidad de esta antropología local de volver al *marxismo*. Esto tiene mucha fuerza sobre el Programa de Antropología Urbana porque de alguna manera todos nos pusimos a leer en vez de antropología, sociología, política, economía, es decir a autores como Castells, Todorov, todos los clásicos de la sociología urbana, porque los antecedentes de antropología urbana son menores, pero también porque de algún modo había que dar cuenta de esta perspectiva teórica y centralmente marxista.

Esto viene a cuenta de las venidas de Gerárd Althabe, porque, como comenté más arriba, lo que nos decía Gerárd era “*bueno, muy lindo, ustedes tienen toda la teoría, pero el campo dónde está*”. Y en realidad lo que nos pasaba en la práctica a los becarios, era que efectivamente cuando intentábamos articular esos grandes clásicos con lo que habíamos visto en el campo, no articulaba por ningún lado, más bien hacía agua y no podíamos decir mucho. Entonces de alguna manera todos nos fuimos formando en esa etapa, yendo y viniendo, retroalimentándonos con esto que decía él: “*hablen de lo que ustedes están viendo en sus campos, en su terreno*”. De allí que mi tesis de doctorado, materializada muchos años después, poco tenía de relación con esos comienzos, debido a que en los inicios yo también estaba influenciada por esta forma de abordar los problemas urbanos y de alguna manera planteaba el desalojo de los conventillos de La Boca como el impacto posible de la relocalización que ellos veían en la villa de emergencia y que se había visto en Yaciretá. Entonces mi primer proyecto iba por ese lado, de cuál es el impacto que produce el desalojo en esta gente que finalmente va a ser sacada, o desalojada, o relocalizada de los conventillos del barrio de La Boca. Todos íbamos en esa línea, en esa perspectiva.

El Programa de Antropología Urbana continuó siendo masivo, con mucha gente adentro, aproximadamente hasta el año 1986, 87, tal vez el 88. Pero ya para el 89 se comienza a disgregar, en parte porque Esther Hermite ya estaba grande, de hecho muere entre los años 1991 y 1992, y en parte también porque muchos de los investigadores que participaban del programa comenzaron a especializarse en temáticas más específicas, por ejemplo María Rosa Neufeld armó su propio Programa de Antropología de la Educación, hubo otra gente que se fue dedicando más a la antropología Política, o gente que se fue hacia el área de Salud. Entonces de algún modo fue bien interesante, porque en alguna medida se dio dentro del campo institucional de la antropología local la discusión acerca de si la antropología era *de la ciudad o en la ciudad*. Nunca fue explícito pero en la práctica lo que pasó fue que todos hacíamos antropología *en la ciudad* y en algún punto quedamos sólo en urbana los que hacíamos antropología *de la ciudad*, por decirlo de algún modo.

De cualquier manera nunca se discutió sobre eso, nunca se estableció cuáles eran los problemas urbanos que había que estudiar en relación con la ciudad. Esto nunca fue objeto de debate y parecía que todos teníamos que hacer villeros o a lo sumo otro tipo de sector popular que estuviera en situación similar a la de los villeros. Nadie se planteaba trabajar con clases medias urbanas o con clases altas o con otro tipo de problemas urbanos como la etnicidad urbana, la diversidad cultural en la ciudad, la cuestión del espacio público y la urbanidad, etc.. Todo eso nadie se lo planteaba, no era necesario, aparentemente. Y en parte esto marcó incluso el trabajo de las generaciones actuales, ya que aún hoy aquellos que buscan trabajar en la ciudad, o investigan asuntos relacionados a la protesta social (piqueteros, asambleas barriales, movimientos urbanos, etc.), que hoy está muy de moda, o trabajan nuevamente sobre los villeros, de los cuales hay bastante escrito por parte de sociólogos, antropólogos. Es bien interesante que a partir de los 90's tanto la antropología como la sociología dejan de trabajar sobre

los villeros, pero la impronta de ese momento en que todos trabajan sobre villeros llega hasta hoy, así que ahí hay una contradicción entre lo escrito, la producción que hay entre los '90 y ahora, lo que ha dejado esa marca a fuego de que los antropólogos no pueden dedicarse más que a los pobres urbanos. Ése, me parece, es un punto crucial para entender el desarrollo de la antropología urbana local.

Hacia 1989 el Programa de Antropología Urbana se empieza a reducir, incluso hoy está prácticamente vacío de contenidos y hasta cierto punto de investigadores. En el camino, hacia 1995, junto a dos colegas armamos el Programa de Antropología de la Cultura, que no existía dentro del Instituto. Desde ese momento seguí participando de los dos programas, con becarios que trabajan en el de Urbana y en el de Cultura, pero esto hace que el de Urbana, que tuvo más masividad en un principio, hoy haya quedado más vacío de personas, de proyectos, de problemas, etc. Esto es llamativo porque se supone que hay muchos problemas urbanos que tienen eco principalmente en Buenos Aires pero también en ciudades intermedias del interior, que no están siendo trabajados o están siendo trabajados desde perspectivas absolutamente diferentes. Por ejemplo, las fábricas recuperadas y los cartoneros están siendo trabajados desde la antropología económica, o todo el tema de la violencia y la seguridad urbana desde la antropología jurídica o política. De algún modo hay gran cantidad de problemas urbanos que están siendo trabajados desde otras perspectivas pero que no tienen la perspectiva de la antropología urbana, y ahí me parece que estamos muy atrás de lo que sucede en otros países, inclusive de Latinoamérica. Si se mira a México, en la UAM Iztapalapa, hay todo un grupo que se dedica a la antropología urbana desde la cuestión de la cultura urbana que está muy desarrollado, tomando diferentes temas y tiene mucha gente trabajando, y aquí es lo contrario, el Programa se ha ido reduciendo.

C-U: ¿La presencia de Néstor García Canclini no generó alguna influencia? ¿no generó un ir y venir de gente por lo menos?

M.L.: No, no, en mi caso cuando hice la pasantía en la UAM –con una beca Thalman otorgada por la Universidad de Buenos Aires-, fue una decisión personal. Pero en general Néstor no fue un viabilizador y catalizador de intercambios con la antropología local. Es cierto que si bien Néstor no es antropólogo de origen, es filósofo de la Universidad de la Plata, él se auto adscribe como antropólogo cuando llega a México y empieza a trabajar en la ENAH en relación a esta disciplina, sin embargo, su relación con la antropología local es controvertida. De hecho su libro *Culturas Híbridas* no tuvo una buena recepción en la carrera de antropología de acá, quizás por esto mismo que dije al principio, porque hasta el día de hoy todavía hay grupos dentro de la carrera que siguen hablando desde el marxismo más ortodoxo, entonces los trabajos relacionados con los estudios culturales o con la antropología posmoderna antes, como que han sido muy criticados, rechazados diría y ni siquiera discutidos, porque pueden ser rechazados pero por lo menos demos el espacio a la discusión, pero casi no se ha dado la discusión. Es como que todavía se piensa en una antropología que pueda hacer la evolución, que puede cambiar el mundo desde otro lugar, y bueno, eso obviamente no ha permitido que se produzcan intercambios académicos con grupos vinculados a problemáticas nuevas, investigadas desde teorías o marcos de pensamiento contemporáneos, salvo los personales, obviamente. Yo tengo mucha relación con el equipo que dirige García Canclini en México, o con investigadores de Brasil, pero son más bien flujos aceitados en lo personal.

Creo que Carlos Herrán al principio sí fue un referente, por el hecho de que él era más conocido, era de otra generación, y al principio cuando el Programa se armó viajaba más y era un referente dentro de la antropología local en lo que tiene que ver con lo urbano, pero con el tiempo no habiendo otras referencias de relevancia de su generación, esto significó que cada vez se fuera vaciando más el tema y teniendo

menos contacto con otras antropologías urbanas que están, yo creo, mucho más avanzadas.

C-U: Yo pensaba que había un intercambio mayor, por el hecho de él (García Canclini) ser argentino, y porque tiene una posición que dentro de todo lo ubica bien ...

M.L.: Lo que pasa es que en los últimos años se ha dedicado más a las cuestiones culturales lo que aquí es una debilidad de nuestro Instituto de investigación e incluso de la carrera de grado. Desde el principio se instalaron programas vinculados a la antropología urbana, antropología de la educación, antropología económica, antropología rural, etc. y eso es una desventaja porque no ha permitido entrelazar problemáticas, que es lo que Néstor sí ha logrado en la UAM desde la perspectiva de la cultura y el atravesamiento que ha hecho desde dicho campo hacia otros como el de los problemas urbanos. Eso ha sido directamente imposible acá hasta el día de hoy. De hecho esto se reproduce en los Congresos Nacionales, donde al día de hoy vamos como por el séptimo u octavo Congreso Nacional de Antropología Social y en realidad cuando se arman las mesas vuelven a reproducirse los viejos nichos: antropología urbana, antropología rural, antropología y educación, entre otros, porque no hay forma de entremezclarse y esto genera muchos problemas cuando jóvenes que desafían estas “quintitas” y se proponen integrar Juventud con, por ejemplo, espacio público urbano o con cultura urbana, cuestiones más complejas, terminan enviando sus trabajos a algunos de estos estamentos, donde no tienen con quién discutir...pero esa es una debilidad que ha quedado desde aquella época y que no se ha resuelto.

Hay poca antropología urbana además al interior del país, esto también me parece digno de destacarse, es una pena porque hay muchas transformaciones en las ciudades intermedias en el interior del país, pero prácticamente no hay referentes. En Jujuy había un grupo que ha intentado dedicarse a las ciudades, de hecho yo tenía un tesista de

doctorado que ya se doctoró, que trabajó *ciudades de fronteras* entre Jujuy y Bolivia, pero en general en el mismo Jujuy es bastante complejo porque se supone que todos tienen que estudiar el tema indígena: coyas, bolivianos, etc, que son los temas que obviamente están a la vista de todos, y ahí parece que la ciudad no sería un problema digno de ser investigado. Entonces tal vez es un grupo que no está muy estimulado como para que eso siga sucediendo y se desarrolle. Pero en Jujuy sí existe ese grupito muy pequeño con el cual incluso ahora tenemos un proyecto en el cual se compara Buenos Aires con una ciudad intermedia de allá, San Pedro de Jujuy. También hay algunos trabajando en Córdoba, pero siempre en villas de emergencia...y no mucho más, en Posadas otros han trabajado espacio público, de hecho el año pasado tuve que evaluar una tesis de doctorado que es sobre los espacios públicos en la ciudad de Posadas y en la ciudad de Resistencia, pero hecha desde la Universidad Nacional de Misiones. En la provincia de Santa Fé, hay algunos grupos, poca gente también, pero algunos que están trabajando en la ciudad de Rosario, en La Plata jóvenes sobre todo que se han puesto a trabajar en y sobre dicha ciudad – recientemente Mariana Chaves ha concluido su tesis de doctorado sobre los jóvenes y los usos y apropiaciones del espacio público urbano en La Plata-, pero no mucho más... en el sur por ejemplo no hay referentes en antropología urbana.

Me estaba olvidando de Olavarría, que también tiene una carrera de antropología social, en la Universidad del Centro, del centro de la Provincia de Buenos Aires, ahí hay una carrera de antropología social y hay un grupo que también trabaja sobre los imaginarios de la ciudad de Olavarría.

C-U: ¿No hay experiencias por ejemplo de investigaciones multidisciplinares con arquitectos y urbanistas, para ver la configuración de la ciudad?

M.L.: Si, sí. Ha habido experiencias con arquitectos, de hecho yo las he tenido y algunos otros antropólogos también, pero en general son experiencias pocas fructíferas en un punto: la carrera de arquitectura tiene mucho más poder y mucha más hegemonía dentro de la UBA, además es una carrera que forma para hacer obras y no para hacer investigación. En los últimos años ha habido muchos arquitectos que hacen investigación por necesidad, porque no hay trabajo en el rubro obras, pero no porque se los forme para eso, entonces eso ya es una marca indeleble que es difícil de resolver. Y con aquellos que hacen investigación hay contactos, normalmente nos llaman y nos demandan cuando hay cierta cuestión donde necesitan el “exotismo” de la antropología.

Hubo una época en que había un programa llamado Programa Ciudad, que incluía a la UBA en su conjunto y dentro de ese programa había arquitectos, sociólogos, antropólogos, que nos reuníamos cada tanto y hablábamos de las investigaciones, pero ese programa se terminó, ya no existe. Entonces digamos que termina habiendo relaciones, pero relaciones más bien personales, no institucionales. Y lo mismo pasa con los sociólogos.

C-U: Me imagino que la UBA debe tener alguna publicación de antropología ¿o no?

M.L.: Si, por un lado tiene *RUNA* que es una revista que se discontinuó en los años 90 por razones de presupuesto pero que ahora volvió a aparecer, salió el primer número hace dos años de nuevo, y recientemente el segundo. Después está *Cuadernos de Antropología Social*, que depende de la Sección de Antropología Social del Instituto de Ciencias Antropológicas (dentro de esta Sección están esos Programas que he mencionado). Los Cuadernos de la Sección es lo que se publica con cierta regularidad (dos números al año). Luego, hay una revista que se llama *Relaciones* que depende de la Sociedad Argentina de Antropología, también hay una revista que depende del Instituto

Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL) que a su vez depende de la Secretaría de Cultura de la Nación, que también se llama *Cuadernos*, es un ámbito académico pero que en realidad está inserto en el Ejecutivo Nacional, no en la universidad. Luego está *ETNIA* que surge de la Carrera de Antropología Social de la Universidad de Olavarria, que mencioné antes, y debe haber alguna otra revista del interior.

Dentro de la UBA, éstas revistas tratan muchos temas, no sólo se dedican a antropología urbana, entonces de pronto *Cuadernos de Antropología Social* tuvo su último número de urbana hace como seis o siete años, no recuerdo ahora exactamente, pero creo que fue por el año 95, hace diez años... es un tema delicado pues evidentemente no hay posibilidad de reproducir lo que se está investigando. *RUNA* mezcla, no hace dossier con lo cual ahí hay posibilidad de que de pronto salga un artículo de urbana, con un artículo de salud... Lo mismo hace *Cuadernos* del INAPL, lo mismo hace *ETNIA*, y *Relaciones* también hace eso. Pero en *Cuadernos de Antropología Social* se dedica un dossier, entonces como cada dossier es temático y dependiendo de quién esté mejor posicionado en la política de la Universidad y del Instituto, tiene más posibilidades de proponer e imponer su dossier, entonces hay temas que salen muy seguido y hay otros que no salen nunca o salen cada tanto.

C-U: ¿De la bibliografía que tuvieses que mencionar como textos fundamentales, hitos que marcaron la antropología urbana en Argentina?

M.L.: Textos de afuera fundamentalmente, lamentablemente sí. O los textos de sociología urbana que se habían escritos previamente: la bibliografía clásica de la Escuela Sociológica de Chicago por su impronta antropológica, debido a que realizaban etnografías y a su vez por sus vínculos con algunos antropólogos de la época como Robert Redfield u Oscar Lewis; también los textos que han hecho escuela en

relación a la “cuestión urbana clásica” como La Cuestión Urbana de Manuel Castells o la Urbanización Capitalista de Cristian Topalov. En su momento, el libro que intentaba dar un recorrido de la antropología urbana de autoría de Ulf Hannerz fue de gran utilidad. Sin embargo, buena parte de las referencias bibliográficas utilizadas referían a las cuestiones de la pobreza urbana: no sólo el libro de Larissa Lomnitz fue crucial –me refiero a *Cómo sobreviven los marginados*–, sino sobre todo la producción latinoamericana sobre la marginalidad urbana, como por ejemplo los textos de José Nun (sociólogo argentino) de los años 40 a los 50, que fue la época cuando arribaron los migrantes del interior a la ciudad, o también textos vinculados a estrategias de reproducción de los pobres, o sino material proveniente de Brasil.

Entonces, en una primera etapa sobretodo diría que textos vinculados a la sociología urbana claramente. En la misma época que se estaba desarrollando el Programa de Antropología Urbana algunos equipos de CEDES -que es un instituto de investigación privado-, que trabajaban también en villas de emergencia, sobre estrategias familiares, o sobre movimientos sociales, o sobre la protesta en esos momentos y los derechos humanos, produjeron una vasta producción bibliográfica. Ahí estaba Elizabeth Jelin en esa época, estaba María del Carmen Feijoo, Inés González Bombal, bastante gente conocida que produjo muy rápidamente aunque sea libritos breves publicados por el Centro Editor de América Latina. Entonces esos eran textos de lecturas también para nosotros pero que provenían nuevamente de la sociología y no de la antropología. Y luego los textos que venían de París, Gerárd Althabe y sus libros, los de Augé que también en esos momentos comenzaban a llegar acá, y que en ese momento era lo que más se leía, luego los clásicos del marxismo, Castells, Todorov que ya comenté. Y recién en los últimos años, por lo menos en lo que se refiere a la gente que está trabajando conmigo y los que hemos quedado en el Programa fundamentalmente, estamos trabajando sobre todo con textos que vienen de México, muchos brasileros, algunas cosas de Francia, mucho menos de España.

C-U: ¿No hubo nunca un texto compilatorio de antropología urbana argentina?

M.L: En una ocasión el Programa de Antropología Urbana, que tenía gran cantidad de becarios, propuso editar una publicación junto a Gérard Athabe, que compilara los resultados de los proyectos del Programa más los trabajos de él, lamentablemente aquello no se concretó, y luego algunos investigadores publicaron independientemente algunos trabajos.

Por ejemplo yo me junté con Liliana Ragio y con Oscar Grillo y publicamos un libro de autoría de los tres, Liliana estaba en el Programa también en ese entonces, y se llamó algo así como *Políticas Habitacionales y Estrategias de los Sectores Populares*, no recuerdo bien ahora, pero ahí había un texto introductorio de Grillo sobre sectores populares urbanos en general, luego venía el mío sobre conventillos en La Boca y luego el de ella sobre autoconstrucción de viviendas populares. Éste era otro proyecto que estaba en este Programa grande, “Viviendas Autoconstruidas en el Conurbano Bonaerense”.

Por otra parte, María Rosa Neufeld con Estela Grassi, y otra gente que también estaban en el Programa, hicieron otra publicación donde integraron todo lo producido sobre la villa de La Cava pero bajo el tema de Políticas Sociales y Educación que era lo que venían trabajando ellas más específicamente. Pero no podríamos decir que haya un libro que compile la producción de la antropología urbana local. Recientemente se ha publicado el libro *Buenos Aires a la deriva*, donde amén de un conjunto de trabajos escritos por arquitectos, hay un grupo de artículos que fueron escritos por antropólogos que trabajaron bajo mi dirección y dentro del proyecto mayor que incluía otros grupos de trabajo coordinados por arquitectos, en el contexto de la Cátedra Walter Gropius, con sede en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UBA y que durante dos años llevó adelante Max Welch Guerra, por

cierto chileno de origen, aunque exiliado y graduado en el área de las ciencias políticas y el urbanismo en Alemania.

Es interesante marcar que a pesar de la disgregación de la antropología urbana, ha habido becarios en los últimos años dedicados al tema, gente joven que ha desarrollado tesis de doctorado o están investigando sobre problemas urbanos. No es que no haya nadie tomando estos temas en la Ciudad de Buenos Aires, pero son gente joven que está empezando, como por ejemplo María Carman que ya se doctoró con un tema de ocupación ilegal de casas tomadas en el barrio del Abasto, hay otras personas que están trabajando sobre urbanizaciones privadas, monoblocks, o sobre edificación y políticas de vivienda, otra tesista ha trabajado también sobre villas de emergencia en el conurbano, es decir hay gente joven que está retomando los temas urbanos. Pero lo que no hay es un gran debate sobre hacia donde debería ir la antropología urbana actual, qué problemas debería tomar dentro de este campo, hay que definir exactamente qué entendemos por lo urbano, por antropología urbana, me parece que hay en eso un estancamiento. Creo que también el vacío tiene que ver con que todos pueden estar haciendo urbana si pensamos que están trabajando en la ciudad, y en ese punto hasta los que se dedican al tema indígena podrían decir que están haciendo antropología urbana, entonces el punto es definir cuál es el recorte, cuáles son los límites en que estaríamos focalizando.

De hecho, en los últimos años y tal vez debido a problemas presupuestarios, ha habido cierto corrimiento de algunos antropólogos que trabajaban problemáticas indígenas o ligadas a las religiones y cultos populares. Es decir, quienes investigaban los pueblos originarios en sus lugares de origen, hoy en muchos casos trabajan con quienes han migrado hacia la ciudad de Buenos Aires, o bien quienes han centralizado su interés en la religión o los cultos, actualmente continúan trabajando dicha temática pero en un vínculo estrecho con la ciudad. Pero lo mismo viene aconteciendo con quienes, como en mi caso, trabajábamos desde la problemática urbana estrictamente, y hoy

comenzamos a entrecruzar expresiones culturales, como fiestas, celebraciones, rituales, que antes hubieran sido objeto de análisis del folklore, con la conformación de las ciudades y de la ciudadanía.

C-U: Parece ser que las investigaciones se han centrado en ver cómo habitas, cómo armas tu lugar de habitación en la ciudad. Habría poco trabajo sobre el tema de la circulación, algo mencionas tú sobre espacios públicos, pero parece ser menos.

M.L.: Es cierto, mayormente las investigaciones concluidas se han dedicado a esto de la vivienda, el tipo de vivienda y cómo se habita, o bien a las políticas de vivienda –de allí la novedad de los desplazamientos comentados anterioremente-. En el caso de las urbanizaciones privadas se ha visto un poco el tema de la circulación, hubo un proyecto con geógrafos franceses, entonces obligadamente se dio un poco ese tema pero no fue el centro de la atención, en los demás casos está centrado en las prácticas del habitar, en los discursos sobre el habitar, no hay trabajo sobre circulación ni sobre movimientos en la ciudad.

Hay algo por el lado de las marchas piqueteras, pero eso no se está haciendo dentro del campo de la Antropología Urbana, sino más desde los grupos que trabajan protesta social o política, antropología política. Se trabaja más desde la perspectiva de los movimientos sociales y no desde la perspectiva de los usos y apropiaciones de los espacios en la ciudad, que evidentemente son relevantes para incluso confrontar y contrastar con los procesos de renovación urbana que hay en lugares específicos de la ciudad, pero eso no se está haciendo.

De alguna manera el campo se recorta de acuerdo a esos mismos campos que hay dentro del Instituto, de acuerdo a esos Programas que yo he mencionado antes, y ahí se dejan de lado muchos otros problemas, incluso el problema de la diversidad cultural en la ciudad. No hay un Programa dentro de la Sección que se dedique a temas de

migrantes en la ciudad, entonces de hecho al no haber un Programa, ni siquiera se trabajan dentro del Instituto y obviamente mucho menos se trabajan en relación a la ciudad. Esto también me parece que es algo que debería subsanarse, es un problema central, crucial, pero esto no se trabaja tampoco.

Sí hay una sección de folklore dentro del Instituto, donde algunas personas han trabajado las murgas en la ciudad, los artesanos en la ciudad, pero desde esa perspectiva más del folklore, o desde una perspectiva más del consumo en el caso de los artesanos, pero no teniendo en cuenta la problemática urbana.

Sobre cultura e imaginarios urbanos

C-U: Pensando en el estudio sobre “Imaginarios Urbanos” (coordinado por el investigador colombiano Armando Silva, y en el que participaron 12 ciudades de Latinoamérica y España, entre ellas Buenos Aires) y en otros títulos que encabezan estudios, me parece que hay algunas preguntas o algunas formas de enunciar los estudios sobre la ciudad que de pronto son un poco “paralizantes”. Por ejemplo, en el caso de los imaginarios esta búsqueda de lo que significa ser urbano... o bien en otros momentos tratar de reconstruir una cultura urbana, a veces en oposición a una cultura rural, ambas como un concepto tan total, ¿es posible dar cuenta de una cultura urbana? Yo no sé si alguien pudo dar cuenta de lo que era el ser urbano o de la cultura urbana, a pesar de que en términos de títulos, de estudios, de publicaciones, el proyecto de Armando Silva genera bastante expectativas sobre lo que es “ser urbano”. ¿Qué piensas tú de eso?

M.L.: Si, creo que por una parte ha sido paralizante el recorte entre lo rural y lo urbano, de hecho aquí la antropología rural también tuvo un desarrollo en paralelo con el de la antropología urbana, con menos éxito

inclusive, y eso es llamativo porque al principio, ya en 1984 cuando se empezaron a armar estos Programas el de rural casi no tuvo mucha presencia de antropólogos, pero todavía hay antropólogos que se dedican a lo rural y convocan a congresos, a veces con poco éxito. En realidad los que están trabajando más en ámbitos del interior del país trabajan en mayor medida con indígenas, que es lo que al parecer está de moda. También hay que tener en cuenta las “modas académicas”, las tribus académicas, esto efectivamente hay que entenderlo en el contexto local en términos políticos, sociales, económicos, pero también académicos, porque evidentemente hay modas que tienen que ver con la academia, con el contexto político, entonces el tema indígena está de moda hoy en el mundo y eso repercute en la academia argentina...y lo rural dejó de estar de moda, lo que se refleja acá. Entonces creo que es paralizante esa oposición, hoy en día ya no tiene sentido realmente, porque cuando uno viaja por el interior se encuentra con ciudades muy pequeñas que cada vez son más urbanas, en el sentido de lo que sería Buenos Aires por poner el caso.

Por otro lado, y en el sentido de la investigación de Armando respecto de lo que significa ser urbano hoy, no ha habido investigaciones acá en este sentido, y creo que esa fue la única que se hizo y la hicimos nosotros... en realidad desde la sociología sí, o desde la filosofía sí, pero no desde la antropología, porque la antropología se dedicó a los “casitos”, o sea volvió al tema del caso. Si bien en todos los proyectos todos nos dedicábamos a poner “vamos a hacer la vinculación entre el caso y la macrosociedad y los procesos históricos”, por otro lado cuando llegábamos a un campo lo que hacíamos era recortar el campo en un barrio, una villa, una urbanización privada, un monoblock, un territorio específico acotado donde se podían hacer las entrevistas, dónde se podían hacer las observaciones etnográficas, y de ahí, imposible trasladar a “qué es ser urbano en Buenos Aires”, por eso tampoco hay un libro.... Pero en general no ha habido investigaciones en términos de tener una visión más de conjunto, y creo que no sé si la antropología pueda dar cuenta de esta visión tan de conjunto de cultura

urbana holista, o sea a lo sumo puede ir trabajando procesos similares o diferentes, confrontarlos, ponerlos en discusión y desde ahí ponerse a pensar qué está pasando en esta ciudad, pero desde abajo me parece que es más factible eso, y tomando no un solo caso sino procesos diferentes que uno pueda poner en conversación para llegar a ideas más generales.

El “ser urbano” resulta una definición sumamente esencial. Da cuenta del ciudadano, no tanto como ciudadano, sino como individuo con una identidad taxativa que lo define en forma sustancial como urbano. Una definición que encuentra eco en lo que ha sido la noción clásica de “cultura urbana” o de ciudad por oposición a lo rural, es decir fronterizada. De algún modo, los antropólogos como los otros científicos sociales, hemos tendido a generar disciplinas fronterizadas y delimitadoras de ciertas problemáticas, como lo urbano. En ese sentido, hablar de “imaginarios urbanos” estaría presuponiendo que habría “imaginarios rurales”, tanto como “imaginarios indígenas”, etc., separados unos de otros y sin relaciones entre ellos. Pareciera que esta forma de analizar lo urbano no encuentra sentido en un mundo como el actual, en que las personas se mueven constantemente dejando en cada lugar sus huellas, entremezclándose con otras culturas y dando lugar a mezclas que van constituyendo muchas formas de *ser* urbano o de apropiarse, disputar, circular por los circuitos de lo urbano.

C-U: Tengo la sensación de que ese “ser urbano” se refería a una búsqueda que iba por el lado de saber cómo las condiciones de la ciudad, o la ciudad como ente objetivo, configuraba una cierta forma ya sea de habitar el espacio, de relacionarse con los otros e incluso de imaginar el espacio. Y de ahí quizás la totalidad estaba dada porque había entre comillas unas condiciones objetivas, que era la ciudad como materialidad, y entonces a partir de esa materialidad qué relaciones o qué consecuencias eso tenía en los sujetos. Pero por otro lado, también ha faltado, creo, el cómo los propios sujetos configuran también el espacio. Esa creo que es la otra vuelta.

M.L.: En cierta forma ha sido así y eso lo demuestra la bibliografía que ha servido de antecedente, estrechamente vinculada a una disciplina como la sociología que sin duda ha caminado más por el lado objetivo y material del espacio urbano. En el caso de la antropología que ha llegado a las ciudades con cierto retraso, sin duda la cuestión de lo cultural aparece como clave, sin embargo, siempre en clave de holismo y sirviendo para delimitar lo urbano no sólo desde lo material sino también desde los rasgos identificatorios de lo urbano. En este sentido, lo simbólico aparece supeditado a lo material y objetivo y los sujetos diluídos en términos de la entidad “cultura”.

Ahora ya hablando de la antropología local, no me parece que en Buenos Aires haya sido tan así, no me parece que haya habido mucha reflexión al respecto. Más bien pienso que hubo una especie de revancha después de la dictadura, o sea si hasta aquí hubo mucho interés por el asunto indígena, mucho folclore, ahora hay que armar la antropología social, que se desarmó durante tantos años de dictadura, y en ese sentido hay que dejar el tema indígena de lado, hay que trabajar en las ciudades, sobre todo en Buenos Aires obviamente, y a partir de ahí en otros temas que tienen que ver con la ciudad. Recién, diría que en los últimos años, los jóvenes y determinados antropólogos más grandes también, empiezan a reivindicar el tema indígena, pero va en consonancia con los reclamos identitarios, no casualmente coincide la fecha con los reclamos más multiculturalistas. Hasta ese momento los problemas indígenas están vistos como de reojo, y más bien hay una necesidad de rearmar la antropología social desde la ciudad. Pero tiene más que ver con una cosa local, una academia local que había sido absolutamente anquilosada y además discriminadora, porque (durante la dictadura) se discriminó a investigadores del CONICET por no trabajar los temas indígenas. Entonces de algún modo hubo una especie de revancha, de decir “bueno, hay que rearmar”, y rearmar significa dejar determinados temas de lado, y retomar otros que se habían dejado en los setenta, que por otro lado no se habían desarrollado tampoco

mucho en los setenta, o más bien se había desarrollado desde la militancia, pues muchos antropólogos eran militantes peronistas también, o peronistas o de izquierda digamos, e iban a las Villas con otro sentido, con un sentido político de la cuestión más que como antropólogos.

En este sentido, en la antropología local se produce, por un lado, una nueva definición de la disciplina en función de los procesos históricos sociales sucedidos, por el otro, una especie de movimiento vinculado a los vaivenes propios de las “tribus” de antropólogos legitimados en el escenario global e internacional.

Nuevos horizontes de investigación: espacios públicos, patrimonio, territorios en disputa.

C-U: ¿Qué temas te interesan que sean retomados por la antropología urbana? Ya sea porque te encuentras trabajando en esos temas o porque crees que son efectivamente los temas pendientes para armar una discusión propia de la antropología urbana.

M.L.: En el contexto local me parece que ya hay muchos trabajos sobre villeros, ocupaciones, casas tomadas, incluso sobre urbanizaciones privadas. Yo empezaría a pensar un poco en lo que decíamos antes, es decir en cómo articular los espacios que ya han sido trabajados, con otros problemas como pueden ser la circulación y movilidad por la ciudad, pero también con problemas que tienen que ver con los conflictos en los espacios públicos. Por ejemplo, a propósito de todo lo que pasó con Cromagnon me preguntabas cómo podía ser que no hubiera ningún trabajo que abordara la compleja articulación entre estos procesos de renovación urbana –los denominados procesos de recualificación urbana o de gentrificación- que están teniendo lugar en casi todas las ciudades de América Latina, como exportación del

modelo catalán llevado adelante en Barcelona con relativo éxito, y en Buenos Aires también aunque con menor éxito y en algunos casos con cierto fracaso, que son parte de la política pública local, y las fisuras que provocan las disputas que provienen de ciertos grupos sociales y que se materializan en disputas por los espacios, incluso por los espacios recualificados. El caso Cromagnon visibilizó una serie de prácticas juveniles que sin embargo, en la oscuridad gestaban sus propias luchas por dar nuevos sentidos a la ciudad. Cromagnon dejó al desnudo lo invisible y puso en escena los usos, apropiaciones y conflictos por el espacio público llevados adelante por esos sectores.

En general me parece que hay poco trabajo respecto del tema de los espacios públicos, y creo que éste es un tema que habría que retomar ahora mismo, que se ha trabajado mucho desde la arquitectura pero muy descriptivamente y no desde la antropología como problema urbano, tal vez se trabaja desde el tema de la protesta social pero como un problema urbano. La cuestión de los espacios públicos permitiría mirar la problemática urbana desde la circulación, no sólo de los transeúntes, sino de los sentidos que se mueven entre juegos desiguales de poder.

Otro problema es el de la diversidad cultural, el problema del otro, pero no solamente en términos de la villa emergencia, no solamente desde el trauma urbano de ser migrante, que en general hay muchos trabajos sobre bolivianos, paraguayos y peruanos pero desde la migración, yo digo como problema urbano, de contacto, de uso de espacios públicos, de urbanidad, sobre eso no hay nada, me parecen que son problemas centrales, cruciales, que se cruzan además con el problema de la violencia y seguridad urbana, que también son trabajados pero desde una perspectiva que no es esta, sin embargo estarían dando cuenta de otras cuestiones que no se trabajan. Incluso esto en relación con Latinoamérica.

En Brasil hay muchos trabajos de antropología urbana que va en línea con lo de los procesos de gentrificación, de urbanizaciones privadas, también hay algo sobre cultura popular, pero mucho en la línea de renovación urbana como en Salvador de Bahía, en San Pablo, en Curitiba, en Recife, en Fortaleza, entonces uno puede encontrar una producción vasta en ese sentido. Ahora, como ocurre con las villas de emergencia, hay mucho escrito sobre eso, y no sé si se está pudiendo avanzar más, o bien hay mucho acerca de la globalización y las ciudades, por ejemplo, pero tampoco se ha avanzado mucho más. Uno no podría decir que hay un marco teórico muy problematizado desde ese lugar. Si no se puede avanzar más a partir de los problemas de gentrificación, por ejemplo, hay que comenzar a abordar nuevos problemas que pueden tener relación con los anteriores, pero que permitirían ampliar el marco de análisis.

Por ejemplo en México, el Programa de Antropología Urbana trabajó mucho el tema del cine, los medios, el patrimonio, la televisión, algunos han trabajado periferia urbana, aunque menos, y están muy centrados en lo mediático y en el consumo cultural, y me parece que tal vez habría que bajar más a tierra y pensar en los espacios públicos, Ciudad de México tiene cantidad de espacios apropiados, utilizados, disputados constantemente, y hay poco trabajo sobre eso, aunque sin duda lo hay y más que en Buenos Aires.

C-U.: Y desde el punto de vista de los temas en los que te encuentras tú ahora, por ejemplo a partir del patrimonio inmaterial, ¿qué problemas urbanos nos permite abordar?

M.L.: Yo llego al patrimonio inmaterial desde otro lugar, diferente al de quienes estaban trabajando el tema de la fiesta centrado en las murgas, por ejemplo, desde el folclore. Yo llego luego de haber hecho toda una carrera trabajando primero políticas de vivienda, apropiación del espacio urbano, luego identidad urbana, abordando el tema del patrimonio histórico más tangible, en términos de centros históricos, y

de ahí llego al patrimonio inmaterial en una perspectiva diferente a la que puede tener alguien trabajando desde el folclore. Esto implica que le estoy dando un sesgo, pues estoy intentando pensar qué ocurre con estas celebraciones, estas fiestas con relación a cómo se construyen y definen respecto de lo urbano, pues la mayor parte de la bibliografía sobre el tema es una bibliografía clásica donde se ha trabajado en relación con los nativos, al campesinado y evidentemente hay poco relativo a las ciudades, entonces ello supone empezar de cero, no pensar desde la murga como expresión cultural, sino que comenzar por preguntarse qué significa la murga u otras fiesta para esta ciudad, para el contexto de lo urbano.

En ese sentido, hay un empezar distinto, un camino diferente al que se hacía normalmente, y a la vez pensar en un camino diferente al que se hacía para el patrimonio, pues el patrimonio tradicionalmente ha sido pensando en las ciudades en relación con los centros históricos. De ahí un primer avance es pensar el patrimonio en relación con esos sectores que son considerados “productores no culturales”, que no tienen cultura o no están autorizados para tenerla, entonces qué pasa con esos sectores que han sido estudiados desde las ciencias sociales y desde la política pública como “pobres urbanos” y que son objeto de políticas sociales, en algunos casos, en otros ni siquiera, y qué ocurre con aquellos sectores cuando en realidad desarrollan una serie de expresiones culturales en la ciudad que en general son invisibilizadas o son visibilizadas para mostrar al turista o a otros ciudadanos en contexto de alegría o exotismo, pero que no son pensadas desde lo que están significando en términos de disputa y apropiación del espacio urbano, de encuentro con otros ciudadanos o los mismos turistas.

Me parece entonces que este tema entrega elementos que permiten pensar las fisuras, las rupturas, continuidades y discontinuidades con los procesos políticos públicos que llevan a renovar los espacios en términos de estéticas, decoraciones, maquillaje, fachadismo, etc., y dejan de lado estos otros procesos que a veces tienen lugar en esos

mismos espacios, a veces no, pero que en alguna medida están sirviendo para poner en juego cuestiones de ciudadanía, problemáticas conflictivas, de protesta, de reclamos que muchas veces no tienen que ver con la fiesta pero que se disputan desde ese lugar, o de reconocimiento social “soy un otro en esta ciudad, quiero ser un ciudadano, y desde allí salgo con mis expresiones culturales a pedir reconocimiento legítimo, o visibilización”. Fijate entonces, como desde esta perspectiva, las expresiones culturales inmateriales y urbanas pueden decir algo más sobre la diversidad cultural y su conflictiva en relación a la ciudad donde se producen.

De alguna manera, lo que estamos intentando es el desafío de tensionar lo social con lo cultural, desde la política pública, tomando en cuenta estudios anteriores donde se constata que los programas sociales han venido mermando, o bien son muy focalizados, y por otra parte hay un incremento y exacerbación de la política cultural urbana desde lo público, con más presupuesto para cultura urbana, entonces hay muchos proyectos de renovación urbana, incluido patrimonio, espectáculos. La idea entonces es tensionar esas cuestiones desde lo político, y ver qué pasa a nivel de las bases, los sujetos y grupos sociales con esta tensión, cómo se disputa o no se disputa, cómo se negocia imagen cuando se está en estos procesos de renovación urbana, negociar la propia expresión cultural y la propia imagen para tener algún tipo de reconocimiento, cómo otras veces se contesta a esos procesos de renovación con estas expresiones culturales que salen a la luz y que empiezan a visibilizarse cada vez más, y por qué ciertos sectores desarrollan sus expresiones en ciertos sitios y no en otros, etc.

Así, la fiesta no es una descripción folclórica, sino que se está queriendo decir con ella, qué se quiere disputar y negociar, y cómo se posicionan sus protagonistas en la ciudad. El caso más claro es el de los rituales de la muerte, que acá ha sido un tema tabú y encapsulado en las fronteras del cementerio, con rituales muy estereotipados, de pronto esos rituales comienzan a salir de los cementerios, empiezan a tener

lugar en el medio de la ciudad donde acontecen eventos dramáticos, y donde se desarrollan creencias y cultos populares que no se habían visto en la ciudad previamente, y ahí aparece toda una disputa con la organización tradicional que no tiene que ver con la vivienda o con la educación, sino con la cultura. De hecho así ocurrió con Cromagnón, donde se han cortado las calles con el propio santuario, la circulación se ha atascado, se han cambiado los nombres de las calles mismas, y constantemente hay gente vinculada a esa problemática que está desarrollando cultos, rituales, en lugares impensados. Cuando pasó lo de la AMIA hubo algo similar, tal vez menos porque sucedió con una colectividad específica. Pero de todas maneras también instalaron un nuevo uso de ciertos sectores de la ciudad.

Entonces esto puede dar cuenta de cómo se relacionan unos con otros, de cómo ciertos sectores intentan legitimarse a través de lo cultural que siempre parece de un orden mucho más neutral, menos conflictivo, de menor grado político, pero que justamente están expresando conflictos de orden político y social.

C-U: Claro, porque desde la política cultural, la cultura muchas veces aparece más como objeto de consumo, pero mirado desde este otro enfoque puede ser entendida como hecho político, y la ciudad a su vez también establece ciertas formas de circulación del poder. De esta manera la política cultural, por ejemplo en este caso del Gobierno de la ciudad, puede plantearse primero como una intervención sobre las condiciones objetivas de la ciudad a través de la renovación, pero también es una interpelación a los sujetos.

M.L.: Por supuesto, y en ese sentido cada vez empiezan a haber mayores conflictos, disputas y luchas específicas.

C-U: Es posible también que la propia condición de la ciudad que reúne una diversidad de habitantes en un espacio limitado, permite

captar mejor una cierta densidad de conflictos, ya sea entre la política gubernamental y los sujetos, y entre éstos.

M.L.: De cualquier manera, me parece que las ciudades capitales ofrecen ese panorama del conflicto, pues aunque este país es federal, por Buenos Aires pasa todo. Por ejemplo en la época menemista los que trabajan protesta social decían que eso comenzaba a cambiar en tanto los cortes de ruta se hacían en otras partes del país, pues como estaban los medios era posible verlos a través de la televisión, y así la protesta llegaba al poder ejecutivo que se encuentra en Buenos Aires.

Pero en realidad eso es relativizable, pues con la crisis del 2001 queda claro que es necesario retomar la Plaza de Mayo, que Menem se había encargado de vaciar durante diez años, no sé si por una política dirigida pero así ocurrió, y se volvió a llenar, a ser reapropiada, no únicamente con gente de Buenos Aires, sino por gente que venía del interior. En esa época funcionaban micros que llegaban hasta aquí, pues la protesta tenía que ser frente a la Casa Rosada, y a partir de ahí vienen los piqueteros del Conurbano, casi todos los días a ocupar la Plaza de Mayo, o a generar un circuito que va del Obelisco a la Plaza de Mayo, y luego al Congreso.

Hubo una necesidad de reapropiarse de ese espacio público, del ágora, que además es la vidriera para el país, es la necesidad de estar ahí de cuerpo presente frente a la casa Rosada que sigue siendo el lugar del poder. Eso da cuenta que las ciudades capitales, que tienen la mayor cantidad de flujos y diásporas, y porque también es donde se concentra el poder político, es evidente que son las que más pueden mostrar la idea del conflicto, lo que no quiere decir que las otras ciudades, más pequeñas e intermedias, no tengan sus propios conflictos, pero son menos visibles para el poder, porque están en el interior y quedan reducidas al conflicto y al poder más local.

Obviamente, en el caso de Brasil es distinto, pues si bien ahí la capital es Brasilia, San Pablo y Río de Janeiro, tienen un rol central dentro del país. Va a depender del desarrollo histórico de cada país.

Así, hoy en Buenos Aires habría muchos temas interesantes que trabajar, desde todo lo que ocurrió en diciembre del 2001 y las marcas que dejó, no sólo lo de los cacerolazos que de eso hay bastante escrito, sino que sobre las marcas físicas con alto grado de significatividad, como todos los bancos amurallados con metal, más todos los rituales de los ahorristas todos los lunes, miércoles y viernes que van y golpean esos metales, que es una constante desde hace tres años. Entonces hubo marcas que quedaron de ese momento, más las marcas del último acontecimiento trágico, más los piqueteros que constantemente circulan por la ciudad y todo lo que eso produce en el resto de la población. Hay muchos problemas que están poco trabajados, y en ello influye también este asunto de las modas, se han puesto de moda los procesos de renovación urbana, así como en algún momento eran las villas, ahora todos están trabajando sobre los procesos de recualificación cultural urbana, como San Telmo, Puerto Madero, La Boca, Abasto, etc., y se dejan de lado esas otras cosas.